

## Una novela sobre la libertad

### *Mancha de la tierra*

ENRIQUE SANTOS MOLANO  
Grijalbo, Bogotá, 2015, 687 pp.

LA INSURRECCIÓN de los comuneros es uno de esos hechos de nuestra historia de los que en últimas no sabemos nada. Lo estudiamos tan mal y hace tanto tiempo, que apenas si recordamos que fue un levantamiento contra las injustas medidas económicas de la Corona española en la Nueva Granada y un anticipo –un detonante– de la Independencia. Poco sabemos de los detalles, del tejido interno, de las relaciones entre sus protagonistas, del ámbito global en el que se dio. Sí sabemos que sucedió, que fue importante, mas no lo entendemos realmente.

Acaso por eso, la lectura de *Mancha de la tierra* resulta tan sorprendente. Es un libro que no cualquier autor hubiera podido escribir. Se nota, desde las primeras páginas, que no es fruto de una simple investigación concienzuda, sino más bien de una vida consagrada al tema. Enrique Santos Molano lleva años obsesionado con nuestra Independencia y con la figura de Antonio Nariño, narrador de este libro. Así que la trama fluye con soltura y el pacto de credibilidad –de confianza– entre la historia y el lector, que jamás se rompe, se da desde las primeras páginas. Uno siente que quien le está contando sabe del tema, de las fechas, de las cifras, de los nombres, de los documentos a los que hace referencia... En fin, uno siente que no se trata de una versión ficcional de la historia, sino de una vuelta de tuerca a la novela histórica colombiana: una intromisión en la intimidad de los hechos. Y es ahí donde figura lo fantástico de este libro: en que, a través de los detalles, de los chismes y de los pequeños hechos de la vida diaria, cuenta la insurrección de los comuneros mejor que cualquier libro de historia.

Antonio Nariño yace en su lecho de muerte en Villa de Leyva. Acaba de terminar la escritura de sus memorias y le pide a Magdalena, su esposa, que le lea el largo manuscrito. Así arranca esta novela (primera de una trilogía llamada *Los hermanos libertadores*,

y cuyos siguientes títulos son *El santuario de la libertad* y *El ruido del tiempo*). La mujer se sienta y lee:

A muchos les duraría por el resto de sus vidas el sobresalto que les produjo la sacudida de aquel día en Santafé de Bogotá, la vieja y tranquila capital del Nuevo Reino de Granada. Yo recién había entrado en mis diecisiete años, bien trajinados. Por las diversas circunstancias de mi vida, y las características del círculo con el que ella se relacionaba, conocía el secreto de cómo, cuándo y por qué habría de pasar lo que pasó.

Así arranca *Mancha de la tierra*, que puede leerse como una novela sobre el levantamiento comunero, pero también como una (auto)biografía de Nariño, como un diario íntimo y hasta como una historia de amor. Porque está llena de historias, de pequeños relatos y de muchos personajes, como el Marqués de San Jorge, Magdalena Cabrera, Magdalena Ortega, José Antonio Galán, José Celestino Mutis, Pablo Morillo, Pedro Fermín de Vargas, Antonio Caballero y Góngora, y... La lista es inmensa.

Y hay un personaje más. Las páginas transcurren y el lector siente el espíritu de libertad que se vivía en la época. Santos Molano consigue transmitir no solo el ambiente local, sino lo que sucedía en Europa y en Estados Unidos: el interés revolucionario, las ideas libertarias y las reflexiones sobre los derechos del hombre, que llegan a través de libros, de diarios y de cartas. Y también a través de la masonería:

De Rieux no profundizó en los detalles sobre la organización secreta, ni el marqués le hizo preguntas incómodas. El médico le sugirió al santafereño que se organizara en la capital una logia, como se denominaba a las células de la hermandad “más grande que existe en el mundo”. Jorge Miguel había dejado de observar por su antejo y escuchaba atentamente al doctor De Rieux. Acordaron que el médico debería subir a Santafé a instalar la logia ajustada a los cánones de la nueva iglesia de la Libertad, la Fraternidad y la Igualdad, y que si España entraba en la guerra, el viaje se retardaría hasta cuando hubiera seguridad de

que la plaza no sería atacada por los ingleses y que podría prescindir de los servicios del doctor De Rieux por unos meses.

Santos Molano ha declarado en varias ocasiones que el papel de los masones en la Independencia fue fundamental y a través de esta novela lo propone de nuevo. Ser un movimiento secreto, desconocido en aquellos días por las autoridades españolas, le permitió a la masonería convertirse en una de las raíces del movimiento comunero.

En la contraportada del libro, el escritor Ricardo Silva Romero anota que esta novela “avanza como una superproducción de las que hacen los ingleses con los gringos, BBC con HBO, y que hoy envían a cualquiera, pero lo consigue palabra por palabra”, y esto sí que es cierto, pues las narraciones de los encuentros secretos (en los que la influencia de la masonería es contada sutilmente) o de los grandes eventos sociales (esas cenas lujosas para las que las mujeres neogranadinas se ponían el baúl y la tapa, y que contaban con pequeños conciertos de cámara) son, en su mayoría, una delicia cinematográfica: las imágenes se forman perfectamente una a una y el lector se va de este presente y se pierde en la Santafé de hace doscientos años. Es más, a veces no están exentas de cierto humor, de cierto toque de ironía. Y algo semejante sucede con los diálogos. Aquí va un ejemplo:

Se amoscó el oidor Navarro y replicó:

–Me parece, señor... (iba a decir marqués, pero eludió el título), que estáis mezclándole queso al chocolate, como acostumbran las gentes vulgares de esta ciudad.

El oidor Navarro no había medido el alcance de su ofensa. Uno de los placeres favoritos del marqués era el de hacer sopas de chocolate con queso y pan, costumbre vulgarísima, es verdad, que practicaban en secreto todos los hogares de la alta clase criolla de Santafé.

El marqués se puso rojo.

–¿Qué queréis decir, señor...?

NOVELA		RESEÑAS
<p>–Quiero decir, señor, que lamentando, como hemos lamentado, la sensible muerte de la señora marquesa, vuestra esposa, nosotros no tenemos la culpa de que su hijo haya estado ausente de aquí en los últimos momentos de su madre (el oidor Vasco meneó la cabeza como indicando “bien dicho”), y que el Real Acuerdo ha tenido sus razones para negar vuestro viaje a la corte, razones que siguen vigentes (nuevo meneo aprobatorio de la cabeza del oidor Vasco y Vargas) y que vuestra excusa para no pagar los citados derechos de lanzas y media anata es inadmisibles. Por consiguiente, señor, os conminamos a efectuar ese pago en el curso de los tres días siguientes al día de hoy so pena de colmar nuestra paciencia.</p> <p>La Historia (así, con mayúscula) siempre ha tenido mucho de ficción. De ficción simple: hay unos buenos y unos malos; los buenos son casi ángeles y los malos demonios. Y algo semejante sucede con los hechos: terminan teniendo mucho de aquello que Vladimir Propp halló en los cuentos rusos: los mismos sucesos en una secuencia infantil. Todo esto aleja a la Historia de la verdad, porque las realidades jamás son tan simples y absolutas. No son cuentos infantiles.</p> <p><i>Mancha de la tierra</i> nos lo recuerda. En esta novela no hay buenos ni malos y los sucesos no son tan básicos y escuetos como nos los enseñaron en el colegio. Aquí, por ejemplo, Antonio Nariño no es un héroe perfecto, los virreyes no son simplemente malvados y Juan Francisco Berbeo no es un traidor (más bien lo contrario). Claro, al contar los hechos y los personajes dándoles color y matiz, Santos Molano hace una novela mucho más <i>creíble</i>, más <i>real</i>. Algo más: los personajes femeninos tienen mucho carácter y son fascinantes (tal vez el más fascinante de todos es Magdalena, la mujer que decide casarse con el Marqués de San Jorge).</p> <p>Difícil no hablar del título, que hace referencia a los hijos de los españoles nacidos en tierras americanas y que fueron quienes, en últimas, motivaron el discurso del movimiento comunero (a veces de la mano de algunos españoles puros que vivían en la Nueva</p>	<p>Granada). Sí, <i>mancha de la tierra</i>, una de las maneras más despectivas de llamar a alguien y, sin embargo, hay que decirlo, dotada –cruelmente– de cierta belleza. Así, como manchas, veían los españoles a quienes habían <i>ensuciado</i> la raza naciendo en este continente. Precisamente, hace poco, Santos Molano declaraba que es de “la mancha de la tierra” de donde nos viene ese complejo de inferioridad ante los extranjeros –sobre todo ante los europeos– con el que todavía arrastramos.</p> <p>Ahora bien, el artificio con el que está armada la novela es sin duda interesante. Contaba párrafos atrás que Magdalena (Matica) se sienta a leerle a un Nariño agónico lo que él mismo escribió y que está narrado por él en primera persona. Así las cosas, él solo pudo contar en ese manuscrito lo que vio, vivió o supo; sin embargo, es como si Santos Molano hubiera olvidado aquello y, al paso de las páginas, el narrador se le hubiera hecho omnisciente: lo ve todo, lo sabe todo. O diciéndolo de otro modo, sabe demasiado. Tanto así que, en ciertos momentos, el lector olvida que quien le narra es Antonio Nariño. Dos ejemplos:</p> <p>María Úrsula maquinaba conseguirle a su padre viudo una esposa que lo hiciera feliz. No tanto como su siempre llorada María Tadea, pero feliz. Si María Úrsula le hubiera preguntado a su padre, el marqués le habría contestado que no quería ser feliz sin María Tadea, respuesta que María Úrsula se tenía adivinada. Mantuvo en silencio su proyecto nupcial hasta que encontró la oportunidad de hablar a solas con su futuro cuñado, mi tío Manuel, y lo complicó en la intriga que maquinaba.</p> <p>El marqués regresó a su posada contento y preocupado. ¿Cómo tomaría el heredero del mayorazgo, su hijo, el hecho de que una mujer que no era su madre ocuparía en adelante el lugar de María Tadea en la cama y en la vida del marqués? Si José María no aceptaba de buen grado a Magdalena Cabrera como la nueva marquesa de San Jorge (Jorge Miguel se rio para sus adentros, cierto que él ya no era marqués,</p>	<p>pero seguía usando el título, para molestar a los oidores) habría un enfrentamiento indeseable entre padre e hijo, y aquel tendría que usar su autoridad para imponer a Magdalena en la familia de los Lozano y Manrique, paso que detestaría dar.</p> <p>El Antonio Nariño de <i>Mancha de la tierra</i> sabe demasiado (bueno, a los 17 años ya hablaba latín, griego, francés e inglés, y dominaba temas de botánica, medicina y economía. ¿Qué más se podía pedir?). No importa. No nos digamos mentiras: Santos Molano ha escrito una novelota.</p> <p style="text-align: right;"><b>Andrés Arias</b></p>